

# LA SOSPECHA MARXIANA BAJO SOSPECHA APROXIMACIÓN A DOS PARADOJAS DE LA ÉTICA MARXISTA

**Prof. Mgs. Fedor Linares\***

Universidad Simón Bolívar

*A Y.L. In Memoriam*

## **Abstract**

The Marxism (theoretical and practical) has a doubly paradoxical moral history. The historical materialism proposed for Marx, on one hand, did not admit the effective influence of the institution of the morals in the constitution and the progress of the society, and, for the other one, it denied the reality of a genuine moral perspective (impartial and desinterested.) However, neither Marx neither its followers were consequent with this eliminativist materialism: Marx continually introduced implicit and explicit moral appreciations in his work; their partisans (orthodox and revisionists) openly promoted and used a classist morals (proletarian) *ad hoc* (with preponderantly political ends). This article exposes both inconsistencies inside the Marxism and evaluates its general meaning for the ethics.

**Key Words:** Marx, morals, historical materialism, marxist moral, ideology.

---

\* El Prof. **Fedor Linares**, es Doctor en Filosofía (desde 2005, USB), Magister Scientiarum en Filosofía (2002, USB), Licenciado en Filosofía (1996, UCSR). Es Asistente ejecutivo del Redactor General de la Revista Venezolana de Filosofía (RVF) (desde 2005, USB), Ayudante académico del doctorado en el Departamento de Filosofía (desde 2005, USB), Coordinador Adjunto de Investigación (2002-2005, UCSR), Director del Departamento de Filosofía (2002-2005, UCSR), Miembro del Consejo de Redacción de Labor Theologicus (2005, UCSR), Ayudante de Investigación de la Unidad de Filosofía del Instituto de Estudios avanzados (IDEA) (1999-2001), Ayudante académico de la maestría en el Departamento de Filosofía (1997-2000) y Docente en las asignaturas de ética, antropología filosófica, teología natural, teoría de la argumentación e introducción a la filosofía.

## 1. Introducción

El marxismo, a través de su vigorosa historia teórica y de su turbulenta historia práctica, ha mantenido una relación paradójica con la institución de la moral. El fundador del marxismo, por ejemplo, fue un crítico virulento de todos los sistemas sociales cuyas formas de producción material y organización socio-política implicaban la opresión, la explotación y la depauperación del agente productor fundamental de dichos sistemas.<sup>1</sup> Asimismo, se comportó como un juez implacable de las creencias morales de su tiempo y de los modelos éticos tradicionales. Sin embargo, esta actitud crítica por parte del fundador del marxismo podría fácilmente generarnos una falsa imagen suya: la de un apasionado y destemplado moralista, sólo que de nuevo cuño. Nada más alejado de la realidad.

Marx no criticó -al menos esa fue su pretensión- ciertas relaciones sociales o ciertas creencias morales desde una perspectiva moral (ética.) No lo hizo porque, a su juicio, tal perspectiva en realidad no existía y, porque, a su parecer, una construcción (convencional) de la misma (un punto de vista imparcial y desinteresado) tampoco era posible. Estas fueron las razones por las cuales se abstuvo de tomar parte tanto en las elucubraciones específicas de los filósofos morales como en las disquisiciones propias de los moralistas. Para Marx, por el contrario, la participación en el desarrollo de una teoría (moral) acerca de la vida buena o la justicia, o la colaboración en el diseño de un catálogo de instrucciones morales para la clase trabajadora en los distintos momentos de su praxis política -lucha revolucionaria, dictadura del proletariado y sociedad comunista-, habría constituido un acto de contradicción teórica -la negación de su materialismo histórico- y de deshonestidad intelectual -la sujeción de la mente proletaria ante una forma de conciencia falsa-.

Sin embargo, a nuestro juicio, ni Marx ni sus partidarios consiguieron tener éxito al respecto: (a) ni lograron sortear la contradicción teórica (b) ni lograron evadir el uso ideológico de una moral *ad hoc*. En este artículo, intentaremos (i) exponer la comprensión marxiana de la moral; (ii) mostrar ambas inconsistencias (*a*, *b*) dentro del marxismo; y, finalmente, (iii) ponderar su significado para la ética en general.

---

<sup>1</sup> Estos sistemas de producción, según Marx, son las sociedades esclavistas, feudalistas y burguesas. Los actores sociales oprimidos, explotados y depauperados dentro de tales sociedades a lo largo de la historia han sido respectivamente: los esclavos, los siervos de la gleba y los proletarios.

## 2. La concepción marxiana de la moral

Para Marx, el movimiento comunista se diferenciaba de los movimientos socialistas<sup>2</sup> fundamentalmente en dos cosas: (i) en la procedencia y la perspectiva de sus miembros y (ii) en el origen y la naturaleza de sus propuestas. En el primer caso, (i) el comunismo era un movimiento de procedencia proletaria, que defendía los intereses del proletariado desde el punto de vista del proletariado. El socialismo, en la mayoría de los casos, era un movimiento de procedencia burguesa, que pretendía defender los intereses del proletariado desde un punto de vista burgués. En el segundo caso, (ii) la crítica social marxista se derivaba íntegramente -al menos eso era lo que pensaba Marx- de la comprensión exacta de las leyes generales del desarrollo y evolución históricos de la sociedad: era la emanación discursiva (mental) del proceso de mutación material de un organismo social internamente en conflicto. La crítica social socialista se derivaba de emociones compasivas (sentimientos morales altruistas) hacia las clases sociales más sufridas: era el ejercicio y el producto de la buena voluntad de algunos hombres generosos que, apelando a los buenos deseos de otros no tan generosos, aspiraban nobles transformaciones sociales. El comunismo era un socialismo científico; el socialismo moralista un socialismo reformista y utópico.

Para Marx, el comunismo, en su aspecto teórico, expresaba la visión científica y crítica, pero amoral, del proletariado acerca de la sociedad capitalista en evolución. Este hecho lo diferenciaba radicalmente de todos los demás socialismos: sus tesis teóricas «no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo.» (Marx: 43) Asimismo, a su juicio, la motivación del comunismo era estrictamente racional. Tampoco en esto el comunismo se parecía a los demás socialismos. Ni siquiera incluso a aquel socialismo que se presentaba como el más cercano a su imaginación política, a sus demandas y aspiraciones sociales, el comunismo crítico-utópico,<sup>3</sup> el cual apoyaba a la clase obrera sólo por «razones» sentimentales: «por ser la clase que más sufre... [y para el cual el] proletariado no existe... sino bajo el aspecto de la clase que más padece.» (Marx: 57) Marx, a diferencia de los socialismos previos, cuestionó las relaciones sociales de la

<sup>2</sup> Marx, en el *Manifiesto del Partido Comunista*, llegó a distinguir diversas clases y sub-clases de socialismos: 1. Socialismos reaccionarios: feudal, pequeño-burgués y alemán («verdadero»). 2. Socialismo conservador o burgués. 3. Socialismo y comunismo crítico-utópico.

<sup>3</sup> Los socialismos y comunismos crítico-utópicos están representados, entre otros, por los sistemas de Saint-Simon, Fourier y Owen.

sociedad capitalista de su tiempo desde un punto de vista pretendidamente ajeno a la perspectiva moral: desde un punto de vista racional, en su origen, y científico, en su talante.

Para alguien que ha asumido un materialismo sustantivo (ontológico) y espera haber desinflado metafísicamente el mundo físico y nuestra visión de él, como es el caso de Marx, podría resultar comprensible *prima facie* su desvinculación de ciertos socialismos reformistas. No obstante, varios de estos socialismos moralistas compartieron sus mismos presupuestos metafísicos (materialismo y ateísmo), coincidieron en ciertas actitudes sociales (antagonismo a la religión y al clero) y hasta divisaron el estadio final de la historia de un modo no muy distinto (eliminación de la propiedad privada, de la división del trabajo, de las clases sociales, de la familia y del Estado). Pero, mientras los socialismos reformistas conservaron y alentaron una perspectiva moral en su crítica social y en su acción política, el comunismo ideado por Marx no: la perspectiva moral no tenía cabida ni en su teoría social ni en su praxis política.

¿Por qué asumió Marx esta actitud tan radical e intransigente con respecto a la moralidad en general? Popper sostiene que «Marx evitó formular una teoría moral explícita porque aborrecía los sermones. Desconfiando profundamente del moralista que vive predicando que se beba agua mientras él bebe vino, Marx se resistió a expresar explícitamente sus convicciones éticas.» (Popper, 1967: 275) Seguramente Popper no se equivoca al afirmar que a Marx le incomodaba sobremanera el empleo de los sermones como recurso exhortativo y que podía sentir una honda indignación ante la falta de integridad de algunos predicadores (moralistas); pero yerra al proponer estos elementos como las motivaciones fundamentales de la exclusión de la moral en su obra. No parece verosímil que alguien abandone la institución de la moral en su totalidad por razones estéticas (como en el primer caso); y el recelo o la irritación causadas por la incongruencia moral (como en el segundo caso), más que una negación de la moralidad, constituye más bien una ratificación y una demanda de su cumplimiento. Es probable que las anteriores motivaciones «popperianas» hayan tenido un efecto en el ánimo de Marx, pero por sí solas no son suficientes para entender su postura y ni siquiera son necesarias. No fueron emociones sino razones de orden teórico las que condujeron a Marx a desvincular de manera explícita y permanente tanto su teoría como el movimiento político nacido de ella de una perspectiva ética o de cualquier remanente moral. Estas razones teóricas, a nuestro juicio, fueron dos: (i) la concepción materialista e historicista de la sociedad (materialismo histórico) y (ii) la convicción del carácter

inextricablemente ideológico del componente supra-estructural de la sociedad.

### 2.1. *La concepción materialista-historicista de la sociedad (materialismo histórico)*

Marx sostuvo un materialismo ontológico. Para él, los elementos, las relaciones y los procesos materiales son los únicos que tienen existencia real. Desde este materialismo sustantivo comprendió y explicó la sociedad (sus componentes, sus vínculos y sus mecanismos). La sociedad, a su juicio, se compone de individuos materiales, cuyas facultades, deseos y relaciones son estrictamente materiales. Estos individuos atienden sus fines naturales (despliegue de sus potencialidades, maximización de los beneficios de su entorno –natural y social- y minimización de sus perjuicios) a través de sus relaciones materiales de producción: (i) en el empleo de sus fuerzas y destrezas físicas o intelectuales y de sus instrumentos artificiales (medios de producción) a los recursos naturales (materia prima), y (ii) en la distribución y el control del ejercicio del trabajo y de los bienes producidos (mercancías). Para Marx, estas relaciones materiales y sus elementos integrantes son los factores que mueven, dirigen e imprimen identidad a la sociedad y a su desarrollo histórico.

Sin embargo, las sociedades encuentran dentro de sí, junto a las relaciones materiales de producción (la infraestructura), un sistema social distinto compuesto por ideas, creencias, valores e instituciones (la supra-estructura). Para Marx, a diferencia de la opinión tradicional y predominante, las relaciones de producción no constituyen simplemente las condiciones materiales necesarias que posibilitan el desenvolvimiento autónomo de los elementos y las relaciones sociales supra-estructurales. Para él, las relaciones sociales de producción son mucho más que eso: constituyen las causas moduladoras de las diversas configuraciones supra-estructurales de la sociedad y se proyectan en ella. La institución y el funcionamiento de la moral, el derecho, la política, el arte y la religión, reflejan la institución y el funcionamiento de la economía: su estado, su dinamismo, su estabilidad, sus crisis y sus cambios. La moral, como el resto de la supra-estructura de la sociedad, constituye un epifenómeno de la infra-estructura de esa misma sociedad, un mero efecto retórico concomitante, incapaz influir sobre ella o afectarla, innecesario para su funcionamiento y completamente suprimible.

Marx, como teórico social, fue un autor de tendencia holista (globalista). La sociedad, a su juicio, en relación con sus miembros (los individuos), era una estructura compleja con una identidad primordial (no derivada) y unos fines

propios. Sus miembros (los individuos), en cambio, en relación con la sociedad, poseían una identidad derivada (de su posición y de su papel dentro del sistema) y unos fines primarios ajenos (contribuir con su actividad específica al mantenimiento del sistema entero). Sin embargo, Marx, no fue un colectivista: no vio en el Estado la encarnación suprema del «espíritu» y los fines de la sociedad. A su juicio, las huellas de identidad de una sociedad, su carácter histórico peculiar y sus fines propios, se materializaban en la interacción de unas entidades sociológicas distintas: las clases sociales y sus relaciones antagónicas. Marx, en este sentido, fue asimismo un pensador de talante dialéctico. La traslación del método dialéctico hegeliano al campo de la sociología le hizo creer además que el conflicto de intereses antagónicos y la lucha efectiva de las clases era el mecanismo a través del cual se consumaban los cambios sociales y el desarrollo histórico, o, mejor dicho, a través del cual se ajustaban las sociedades a sus nuevos factores y relaciones de producción (su economía).

Marx, asimismo, fue un historicista. Para él, las sociedades transmutaban sus rasgos esenciales (relaciones de producción y tipos de apropiación) con el paso del tiempo. Pero, estas transformaciones no eran mutaciones ni desplazamientos caóticos. La sociedad en su historia dinámica, como lo habían afirmado antes los economistas escoceses acerca de la economía, contaba con una «mano invisible». La marcha histórica de la sociedad, para Marx, constituía un mecanismo («ciego»)<sup>4</sup> puesto en ejecución, cuyo movimiento no podía ser detenido a voluntad ni su orientación alterada. En dicho orden dinámico, los individuos, sin posibilidades de evasión, sólo se limitaban a desempeñar ciertos roles y a realizar ciertas funciones fijadas de antemano (por su «mano invisible»).

La comprensión materialista histórica de la supra-estructura social por parte de Marx es formulada en su *Manifiesto* en los siguientes términos:

Vuestras ideas mismas son productos de las relaciones de producción y de propiedad burguesas, como vuestro derecho no es más que la voluntad de vuestra clase erigida en ley, voluntad cuyo contenido está determinado por las condiciones materiales de existencia de vuestra clase.

La concepción interesada que os ha hecho erigir en leyes eternas de la Naturaleza y de la Razón las relaciones sociales dimanadas de vuestro modo de producción y de propiedad... la compartís con todas las clases dominantes hoy desaparecidas. (Marx: 46)

---

<sup>4</sup> Controlado, dirigido y orientado por sus propias leyes intrínsecas.

Desde el punto de vista sociológico del materialismo histórico, la moral es una ilusión discursiva, una construcción social espuria (interesada). Para Marx, la crítica de las relaciones sociales, el funcionamiento de las instituciones o la vigencia de ciertos sistemas (creencias) morales, desde una perspectiva moral, constituye en consecuencia un error teórico (científico) y un comportamiento inútil.

## *2.2. La supra-estructura como una manifestación ideológica*

Las relaciones de producción y apropiación (la infra-estructura), para Marx, como lo señalamos anteriormente, no sólo constituyen las bases materiales de la sociedad, sino su interacción social primordial y su escenario real. Estas relaciones sociales, a lo largo de la historia, han estado marcadas por la disparidad: unos han realizado labores intelectuales; otros labores manuales. Unos han dirigido, oprimido y explotado; otros lo han sido. Unos se han apropiado de los medios de producción y de los bienes generados; otros han contado como única propiedad su fuerza de trabajo y exiguos beneficios. Estas asimetrías dentro del proceso de producción y distribución han definido la fisonomía sociológica de las sociedades: diversos grupos sociales con formas de vida, intereses e identidades, muy diferentes y esencialmente antagónicos. La sociedad humana en desarrollo, a juicio de Marx, era en el fondo el despliegue de un gran conflicto, cristalizado y propulsado por las inconciliables divergencias de las formas de vida e intereses de grupos sociales contrapuestos.

La «historia» humana consistía así en la «representación», consciente o inconsciente, pero en todo caso ineludible, de un guión escrito por la «mano invisible» de la «Infra-estructura». Las ideas e instituciones supra-estructurales, en un sentido, tan sólo revestían (disfrazaban) a los múltiples actores y decoraban los diversos escenarios en los cuales se llevaba a cabo dicha «representación». Pero, en otro sentido, a juicio de Marx, las figuraciones supra-estructurales, las indumentarias discursivas y los decorados retóricos, habían dejado de ser tales en la conciencia de los hombres. Las «apariencias» supra-estructurales terminaron provocando en los actores de la historia infra-estructural la falta de «auto-transparencia»: la conciencia falsa del verdadero talante de sus principios de acción.

Marx, desde su materialismo histórico, concibe la supra-estructura de una sociedad como un simple epifenómeno -una sobrante concomitancia discursiva, un mero reflejo retórico- de las relaciones sociales de producción y apropiación. Estas relaciones sociales, como hemos advertido, han estado

caracterizadas por sus transacciones asimétricas, por el antagonismo de intereses y por la interacción conflictiva de los grupos sociales a lo largo de la historia. En consecuencia, a juicio de Marx, cualquier moral, en cuanto epifenómeno de esta historia, expresará tales asimetrías, intereses y conflictos. La moral, de este modo, como el resto de la supra-estructura, constituye una expresión parcial e interesada de las clases sociales en pugna. La moral, entendida o presentada como una forma de una benevolencia imparcial, desinteresada o universal, según el parecer de Marx, sólo encubre sus verdaderos intereses: intereses parciales de clases.

Los segmentos sociales dominantes, al contar con una posición social privilegiada, extienden sus convicciones morales al resto de la sociedad. De este modo, protegen sus intereses y justifican su ventajosa situación material. Los segmentos sociales dominados, al encontrarse en una situación social marginal, absorben las creencias morales del sector social dominante. De este modo, desatienden sus propios intereses y mistifican su desventajosa situación.

La moral, como el resto de la supra-estructura, termina así convertida en un sistema de creencias y valores de control y manipulación social, en una ideología aprovechada por unos y padecida por otros. Este es el modo como un comunista, a juicio de Marx, ha de ver la moral: «Las leyes, la moral, la religión son para él [proletariado] meros prejuicios burgueses, detrás de los cuales se ocultan otros tantos intereses de la burguesía.» (Marx: 42)

En efecto, si la moral nos oculta la verdadera naturaleza de nuestros principios de acción (intereses parciales de clase) y el significado social de nuestros actos (movimientos dentro de un conflicto infra-estructural de clases), entonces ella, por una parte, nos impide la «auto-transparencia» (el conocimiento de las causas y los efectos reales de nuestras acciones) y, por la otra, nos ofrece una imagen distorsionada (falsa) tanto de nuestros propios actos como de nuestro propio ser.

Este hecho –la moral como expresión «ideológica»- hace comprensible por qué Marx piensa que la tarea ineludible que un comunista tiene ante sí con respecto a la institución -o perspectiva- de la moral no consiste en colaborar en su rectificación parcial o general, sino en apoyar su disolución definitiva. Esta disolución, además, en la convicción de Marx, no reportaría ningún perjuicio social. Ella, por el contrario, sólo nos rendiría beneficios teóricos y prácticos, individuales y colectivos. La supresión de la moral supondría la erradicación de un tipo de auto-engaño «aprovechado.»

Marx cree asimismo que la moral está destinada a desaparecer. A su juicio, cuando la sociedad humana haya recobrado su forma auténtica -cuando el proletariado haya recogido los frutos materiales del sistema capitalista (el control sobre la naturaleza y sus abundantes mercancías), haya convertido el trabajo en una actividad de auto-expresión y autorrealización, y haya eliminado la división del trabajo, la propiedad privada, el Estado, la familia y las relaciones de explotación-, la moral se extinguirá de manera natural. En la sociedad comunista, en su opinión, la moral habrá perdido sus causas sociales reales y, en consecuencia, su inicua función social. Ante la acusación y el contraargumento de que «El comunismo... quiere abolir la religión y la moral, en lugar de darles una nueva forma, y por eso contradice a todo el desarrollo histórico anterior.» (Marx: 49) Marx sentencia de manera categórica:

....no tiene nada de asombroso que la conciencia social de todos los siglos, a despecho de toda variedad y de toda diversidad, se haya movido siempre dentro de ciertas formas comunes, dentro de unas formas –formas de conciencia-, que no desaparecerán completamente más que con la desaparición definitiva de los antagonismos de clase. (49)

### **3.Paradojas morales en el marxismo**

#### *3.1. La práctica marxiana desmiente a la teoría marxiana*

A pesar de que el materialismo histórico había conducido a Marx a una postura eliminacionista en relación con la moral, resulta sorprendente el hecho de que el mismo Marx no fuera enteramente consecuente con su propio enfoque. En el Manifiesto, por ejemplo, Marx, a contrapelo de su propio amoralismo teórico, (1) expresó sentimientos o juicios morales explícitos, (2) deslizó sentimientos o apreciaciones morales implícitas dentro de descripciones empíricas y (3) empleó recurrentemente términos con cargas emotivas valorativas (positiva y negativa), inherentes al ambiente moral general de su tiempo.

##### *3.1.1. Los sentimientos y los juicios morales explícitos*

Al intentar ilustrar la terrible condición social en la que se encontraban los obreros dentro de las fábricas capitalistas de la sociedad burguesa, Marx deja colar sus sentimientos y su parecer moral tanto sobre la situación en sí misma como sobre el papel ejercido y alcanzado por el lucro dentro de ella:

No son solamente esclavos de la clase burguesa, del Estado burgués, sino diariamente a todas horas, esclavos de la máquina, del capataz y, sobre todo, del burgués individual, patrón de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro. (39)

Al intentar precisar el alcance de las futuras expropiaciones comunistas, Marx indica que la aspiración comunista lo que pretende, en realidad, es eliminar el poder indeseable de las apropiaciones generadoras de ciertos efectos sociales inaceptables:

Lo que queremos suprimir es el carácter miserable de esa apropiación, que hace que el obrero no viva sino para acrecentar el capital y tan sólo en la medida en que el interés de la clase dominante exige que viva. (Marx: 45)

El comunismo... no quita más que el poder de sojuzgar por medio de esta apropiación [de los productos sociales] el trabajo ajeno. (Marx: 46)

Al juzgar las acusaciones de la burguesía contra el comunismo por las resoluciones de éste sobre la familia y la educación, Marx expresa aborrecimiento (moral) por algunas de las consecuencias sociales del régimen económico burgués y por la indiferencia (moral) de la burguesía ante las mismas:

Las declamaciones burguesas sobre la familia y la educación... resultan más repugnantes a medida que la gran industria destruye todo vínculo de familia para el proletario y transforma a los niños en simples artículos de comercio, en simples instrumentos de trabajo. (Marx: 47)

### *3.1.2. Los sentimientos y las apreciaciones morales implícitas:*

Marx, al describir la transferencia cualitativa y la correspondiente adquisición de nuevos rasgos sociológicos por parte de algunos de los elementos involucrados en las relaciones materiales de producción (el capital (cosa) se «personaliza» y los obreros (personas) se «cosifican») dentro de la sociedad capitalista, tácitamente las acusa y, al hacerlo, expresa una valoración moral de raigambre metafísica (fundada en una noción metafísica de la «Naturaleza» de las cosas):

En la sociedad burguesa el capital es independiente y tiene personalidad, mientras que el individuo que trabaja carece de independencia y está despersonalizado. (Marx: 45)

Al anticipar el tipo de sociedad que advendrá y sustituirá la sociedad capitalista, Marx condice tácitamente (aprueba moralmente) con su forma y talante:

En sustitución de la antigua sociedad burguesa... surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos. (Marx: 50)

### *3.1.3. El empleo de términos con carga emotiva valorativa*

Marx, al intentar describir la situación social en la que se encuentra el proletariado dentro de la sociedad burguesa, utiliza términos que poseen una carga emotiva valorativa negativa, derivada de una parte importante del clima moral de su tiempo. Los términos «explotación» o «víctima», por ejemplo, tienen ese carácter (no son usados como meros términos empíricos emocional o evaluativamente neutros)<sup>5</sup>:

Una vez que el obrero ha sufrido la explotación del fabricante y ha recibido su salario en metálico, se convierte en víctima de otros elementos de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc. (Marx: 39)

La propiedad privada burguesa es expresión de un modo de producción y de apropiación «basado en los antagonismos de clase, en la explotación de los unos sobre otros.» (Marx: 44)

El trabajo del asalariado no crea propiedad para el proletario, «lo que crea es capital, es decir, la propiedad que explota al trabajo asalariado. (Marx: 44)

## *3.2. La teoría marxiana acusa a la práctica marxista*

El marxismo -el movimiento político inspirado por las ideas de Marx- por el contrario, asumió una actitud muy distinta en relación con la moral. Para Marx, como se recordará, la moral era un tipo de conciencia errónea y un instrumento ideológico en la lucha de clases. El reconocimiento de estos hechos, a su juicio, nos rescataría de los prejuicios del punto de vista moral y de sus manipulaciones interesadas de clase, en otras palabras, nos liberaría de un tipo de servidumbre mental y, con ello, de un tipo de servidumbre material. Sus

---

<sup>5</sup> Lo mismo podríamos decir de los términos «esclavo», «esclavitud», etc.

seguidores, en cambio, no fueron tan rigurosos con la moral en general y reservaron su acritud para una de sus materializaciones específicas: la moral cristiana burguesa dominante.<sup>6</sup>

Los socialistas de orientación marxista, a diferencia de Marx, no rechazaron la oportunidad de colaborar en la confección de una teoría ética que complementara el materialismo histórico de corte dialéctico de la filosofía marxiana. Tampoco se negaron a colaborar en la tarea de definición de creencias, valores o registros de obligaciones morales que animaran la lucha proletaria o reforzaran la salud del régimen comunista. Los marxistas socialdemócratas (revisionistas) Bernstein y Kaustky así lo hicieron. También los austromarxistas Bauer y Adler. Igualmente los marxistas occidentales (heterodoxos) Lukács y Garaudy. Los marxistas oficiales (ortodoxos) Lenin y Shiskhin, entre otros, hicieron lo propio. Todos ellos sintieron la necesidad insoslayable de preservar una conciencia moral, para emplearla como un acicate ideológico proletario, para aprovecharla como un arma supra-estructural en su lucha de clases. Consideremos un par de casos.

### *3.2.1. El caso revisionista*

Kaustky entendía la moral como un fenómeno humano integrado por dos dimensiones: (a) los instintos sociales (reforzadores de la cohesión social): de origen animal y no convencionales. (b) Los cánones y los hábitos morales (determinados por las necesidades y las condiciones sociales): de origen humano y convencionales. Para Kaustky las condiciones y las necesidades sociales modificaban la dirección y el alcance de los instintos sociales.

A juicio de Kaustky, la esfera natural de acción moral de los impulsos morales animales es el «rebaño» (las agrupaciones mínimas de cada especie.) En el caso del ser humano, en su desarrollo histórico específico -la sociedad

---

<sup>6</sup>Una de las grandes ironías históricas en torno a Marx es justamente la relativa a su explícito amoralismo teórico. A pesar de dicho amoralismo, Marx llegó quizás a constituir el mayor estímulo moral en la búsqueda y la realización morales de sociedades justas y libres durante los siglos XIX y XX. En este sentido, Popper afirma: «es indudable que el secreto de su influencia mística reside en su atracción moral y que su crítica del capitalismo tuvo, ante todo, la eficacia de una crítica moral... El marxismo 'científico' ha muerto pero deben sobrevivir su sentido de la responsabilidad social y su amor a la libertad.» (293)

capitalista- la esfera de acción moral del individuo proletario (no del ser humano en abstracto), en su concepto, ya no es el mero «rebaño», sino la clase proletaria. Esta modificación de la esfera de la acción moral natural, a su juicio, ha contado con dos momentos: (a) un momento de universalización (los instintos sociales se extienden a los proletarios de todo el mundo); (b) un momento de discriminación (los instintos sociales se restringen a un único sector social, el proletariado). La moral proletaria para Kaustky, dentro del marco teórico marxiano, «no es nada más que el conjunto de deseos y aspiraciones que provoca el antagonismo con el estado de cosas existentes.» (Kaustky: 132) Sin embargo, Kaustky piensa que el contenido del ideal moral del proletariado «no siempre resulta muy claro.» (130) Asimismo cree que tal ideal moral es fundamentalmente negativo: «nada más que *oposición* a la moralidad dominante.» (130) Kaustky considera además, a diferencia de Marx, que el ideal moral en la medida en que une y estimula a la clase proletaria en su lucha «constituye una palanca poderosa para superar ese estado de cosas. (132) Pero, y en esto permanece consecuente con el materialismo histórico, «la nueva condición social, que se introduce en lugar de la vieja, no depende de la formación del ideal moral, sino de las condiciones materiales dadas.» (132-133)

### 3.2.2. *El caso ortodoxo*

La voz oficial de la revolución bolchevique, Lenin, en un discurso dirigido a la Unión de Juventudes Comunistas de Rusia (1920), preguntó retóricamente: «¿existe una moral comunista?» (Shishkin: 141) Y respondió a continuación: «Es evidente que sí.» (141) ¿En qué consistía esta moral? Lenin, desde el marco del materialismo histórico, señalaría: «nuestra moralidad está enteramente subordinada a los intereses de la lucha de clase del proletariado. Nuestra moral emana de los intereses de la lucha de clase del proletariado.» (Shishkin: 142) Pero, «¿en qué consiste esta lucha de clase?,» (Shishkin: 143) interrogaría Lenin para revelarlo seguidamente: «En derrocar al zar, en derribar a los terratenientes, en aniquilar a la clase capitalista.» (Shishkin: 143) Finalmente, precisaría el criterio material de determinación de los contenidos específicos de la nueva moral: «es moral lo que sirve para destruir la vieja sociedad explotadora y para aglutinar a todos los trabajadores en torno del proletariado.» (Shishkin: 144)

Shishkin, un exponente de la doctrina oficial (marxismo-leninismo) del imperio soviético, cuarenta años después de la implantación del comunismo, calificaría la moral comunista (proletaria) de una manera insólita o, al menos,

inesperada, si se tiene en cuenta que dicha calificación se encontraba en franca oposición a la doctrina primordial del comunismo (el materialismo histórico marxiano). Shiskhin sostuvo que la moral comunista era «justa y auténticamente humana», «libre de ilusiones», (116) «objetivamente verdadera», (48) «científicamente fundamentada», «común a toda la humanidad» (39), «verdaderamente universal» (49), «el peldaño más alto del desarrollo moral de la sociedad y del individuo.» (51)

Shiskhin, también a diferencia de Marx, sostuvo que «la ética marxista, al igual que toda la teoría del marxismo, es partidista.» (54) A su juicio, este partidismo implica lo siguiente: (a) «el reconocimiento del carácter clasista de la moral.» (54) (b) «El reconocimiento del papel rector del Partido Comunista.» (55) (c) «La lucha irreconciliable contra la moral burguesa.» (55)

Pero es Kruschov, en el XXI Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, quien mejor resumió el nuevo talante y los nuevos valores de la «inédita y revolucionaria» moral comunista:

Toda la labor ideológica de nuestro partido y del Estado está llamada a desarrollar las nuevas cualidades de los hombres soviéticos, a educarlos en el espíritu del colectivismo y de amor al trabajo, del internacionalismo socialista y del patriotismo, de los elevados principios morales de la nueva sociedad, en el espíritu del marxismo leninismo.» (53)

Así pues, los prejuicios y los intereses solapados de la perspectiva moral, la falsa conciencia y su servidumbre mental, denunciados ferozmente por el propio Marx, terminarían convirtiéndose, para los marxistas posteriores, como por una ironía del destino, en su estímulo más poderoso, en su recurso crítico más efectivo y en el gran objetivo de la educación del nuevo Estado imperial comunista.

#### **4. Consideraciones finales: la ética y las paradojas morales marxistas**

La concepción materialista marxiana aplicada a la sociedad y a su devenir histórico pareciera conducir ineludiblemente a una postura teórica eliminacionista sobre la moral y el resto de la supra-estructura social. Sobre este aspecto Marx fue consecuente. Sin embargo, como creo haber mostrado, él, al haber expresado sentimientos y apreciaciones morales implícitos y explícitos, fue el primer marxista en desatender la rígida posición eliminacionista derivada de su propia teoría. Sobre este aspecto Marx fue inconsecuente y completamente incongruente.

Sus seguidores, en cambio, se desplazaron abiertamente de su posición

eliminacionista, descubrieron en la perspectiva moral un arma ideológica poderosísima en su lucha revolucionaria y así la promovieron y usaron. Podría decirse, no obstante, a favor de ellos que la comprensión marxiana de la supra-estructura como un epifenómeno de los conflictos e intereses de clase explicaba y justifica tal actitud: la supra-estructura –y, como parte de ella, la moral – subsistiría en la sociedad hasta tanto hubiese divisiones de clases y sólo desaparecería cuando éstas se hubiesen extinguido. A pesar de ello, la incompatibilidad entre la virtual auto-transparencia teórica que pretendía otorgar el materialismo histórico marxiano al proletariado y la dependencia o sujeción de éste a una ideología (falsa conciencia) es manifiesta e innegable. Si el materialismo histórico marxiano –moralmente eliminacionista- es verdadero, pareciera que los marxistas no deberían recurrir a la moral. Si los marxistas han de recurrir de manera ineludible a la perspectiva moral para poder realizar cambios sociales sustantivos, pareciera entonces que dicho materialismo histórico eliminacionista no es correcto: no provee una explicación exacta del funcionamiento de la sociedad (interacción entre la infra-estructura y la supra-estructura) ni de la naturaleza de los cambios sociales.<sup>7</sup>

Lo cierto es que ni Marx ni mucho menos sus seguidores fueron capaces de apartarse de manera definitiva del punto de vista moral. Quizás este hecho nos revele una verdad acerca de nosotros mismos: que, a la hora de evaluar las transacciones humanas y considerar nuestra intervención en ellas o, simplemente, a la hora de pensarnos como seres humanos, no podemos desentendernos del todo de la dimensión moral, pues ella constituye una de las pretensiones básicas de nuestra propia racionalidad, un aspecto inherente a nuestro propio sentido de humanidad. Quizás este hecho, por una u otra razón, nos revele una verdad acerca de la moral: que ella o, al menos, parte de ella, después de todo, pareciera contar con unas raíces más profundas a las de las convenciones sociales, las vicisitudes históricas o el arbitrio personal. Así pues, a nuestro juicio, la moral podría ciertamente ser censurada o manipulada; pero, muy improbablemente eliminada.

El Prof. Bradley afirmó en una oportunidad que quienes atentaban contra

---

<sup>7</sup> Weber, en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, mostró, en oposición a la teoría marxiana, cómo ciertos componentes supra-estructurales (la fe y la moral protestantes) fueron factores primarios (decisivos) en los procesos infra-estructurales y en la configuración global de algunas sociedades occidentales durante la época moderna. En la tradición marxista, ya el propio Engels, en su obra personal, había rechazado la naturaleza meramente epifenoménica de la supra-estructura.

la lógica no atentaban contra ella: lo hacían contra sí mismos. Es probable que la historia del marxismo, con su amoralismo inicial<sup>8</sup> (Marx) y su anti-moralismo posterior<sup>9</sup> (comunistas), nos revele un hecho similar en relación con la moral: quienes atentan contra ella, atentan contra sí mismos. Probablemente esa sea la razón por la cual una teoría amoral acerca de las relaciones sociales o un movimiento político antimoral, no sólo luzcan como meras actitudes teóricas descaminadas, sino como perturbadoras expresiones sociológicas de deshumanización y autodestrucción, como la involutiva vuelta a un tribalismo amoral, en el primer caso, y de un tribalismo moral, en el segundo.

Marx cuestionó el servicio que ofrecía la moral al *status quo* de las sociedades burguesas de su tiempo y, con ello, el favor especial que brindaba a la alta burguesía o a su sector políticamente dominante. Pero fue más allá con respecto a la moral y trasladó su crítica sociológica sobre hechos sociales o comportamientos institucionales al ámbito de la verdadera «naturaleza» (esencia) de las cosas. La moral, en este sentido, era, a su juicio, una institución siniestra de intereses económicos encubiertos de clases en pugna, un tipo de conciencia falsa e interesada. ¿Qué podríamos decir al respecto?

La concepción marxiana de la moral constituye un miembro más entre otros de una amplia gama de concepciones que perciben la institución de la moral como un tipo de conciencia falsa. Junto a ella, dentro del panorama contemporáneo, encontramos, entre otras, las concepciones feminista, nietzscheana, freudiana y foucaultiana. Cada una de estas concepciones ha pretendido haber puesto al descubierto la verdadera «esencia» de la moral.<sup>10</sup> Estas concepciones como formulaciones metafísicas (especulativas) acerca de la verdadera «naturaleza» de la moral constituyen versiones teóricas rivales. Si una de ellas es verdadera las demás no lo son. Pero, ¿cuál es la versión verdadera? Desde un punto de vista estrictamente empírico no es posible establecerlo. Cualquier decisión al respecto demanda un ascenso por encima de los meros hechos y un compromiso con una determinada perspectiva no natural (especulativa).

---

<sup>8</sup> La negación de la posibilidad de una perspectiva moral genuina (imparcial y desinteresada).

<sup>9</sup> La asunción expresa de una perspectiva moral sesgada e interesada.

<sup>10</sup> El feminismo, por ejemplo, descubrió en la moral un instrumento de opresión patriarcal. Nietzsche (en la moral cristiana) un medio a través del cual los hombres débiles y infelices toman revancha de los hombres fuertes y felices. Freud descubrió en la moral un instrumento de auto-castigo y de auto-control. Foucault advirtió una forma social difusa de ejercer el poder y el control.

Ahora bien, si tales concepciones son asumidas como apreciaciones empíricas globales -caracterizaciones positivas generales- acerca de las normas o fines explícitos como del funcionamiento efectivo de la institución de la moral a lo largo de la historia, ellas constituyen definitivamente generalizaciones imprecisas o inexactas. Ni la institución de la moral ni su historia positiva parecieran ser adecuadamente subsumibles a –ni comprensibles ni explicables desde- las anteriores versiones en disputa (a una de ellas en particular o a todas juntas).

La concepción de la moral como un tipo de conciencia falsa pareciera ser sólo aceptable –y hasta encomiable- como una forma de crítica puntual a ciertos usos interesados o enmascarados dados a la institución de la moral, es decir, como un tipo de crítica sociológica que deja al descubierto inadecuados intereses subrepticios en el uso de la moral, la mala fe o la doble intención por parte de los agentes morales o la falta de justicia (simetría) en su aplicación de las normas.

Marx creyó (i) que la moral tenía un único origen: los intereses y los conflictos entre las clases; (ii) que su ejercicio sólo expresaba tales intereses y conflictos, y (iii) que sus efectos eran absolutamente inseparables de dicho origen. A nuestro juicio, Marx pareciera haber sido víctima de un tipo de falacia sobre este respecto: la falacia genética (la valoración de un fenómeno u objeto  $x$  en virtud de su origen y la depreciación de otras propiedades valiosas, intrínsecas o adquiridas, de dicho fenómeno u objeto  $x$ ). Aun cuando la moral sólo dispusiese de unas raíces infra-estructurales del tipo marxiano, cosa que no creemos, no sería absurdo pensar que sus normas o principios expresasen -por agregación o por sustitución-, al contrario de lo que creía Marx, otro tipo de necesidades e intereses, y que el cumplimiento de tales normas o principios tuviesen, en consecuencia, unos efectos no necesariamente vinculados –ni directa ni indirectamente- a los fijados por el materialismo histórico. Por otra parte, aún cuando la moral tuviese como causa los intereses parciales e interesados de grupos humanos restringidos, tampoco sería impensable que ciertas normas o principios morales fuesen aceptados y hasta demandados, en virtud de ellos mismos, por otras agrupaciones ajenas. Por el contrario, este hecho es una experiencia extendida dentro de la historia de la moral. Y hasta podríamos pensar que ciertas normas o principios morales, en virtud de ellos mismos, sean aceptados y demandados universalmente (con independencia de la clase social de la cual hayan procedido y con independencia de la clase social a la cual se pertenezca). Las normas y los principios morales podrían perfectamente llegar a tener un alcance (esfera de acción), una función (valor social) y unos efectos sociales

distintos a aquellos que poseía en el momento de su génesis. Sin embargo, Marx no parece haber considerado esta posibilidad.

Marx creía que la moral sería innecesaria en la futura sociedad comunista. Creía asimismo que la perspectiva moral se disolvería espontáneamente en dicha sociedad. ¿Qué juicio podríamos formular al respecto? La comprensión de la condición humana por parte de Marx resulta tan unilateral como dogmática. Ciertamente, la eliminación del Estado, la propiedad privada, la división de las clases sociales y la familia, podría erradicar un número importante de conflictos sociales y de fuentes de conflictos. Pero pensar que con ello hayan sido suprimidos todos o creer que la perspectiva moral carezca de función alguna en tal sociedad (comunista) revela, a nuestro juicio, una insólita ceguera para columbrar la «economía» psíquica de los seres humanos y sus relaciones sociales. No todos nuestros conflictos o disputas son directa o indirectamente de carácter económico (producto de la escasez y de su administración). La historia, en este sentido, podría ofrecernos múltiples pruebas de ello. Los conflictos humanos han contado con las más disímiles causas y los más variados fines (erótico-sexuales, la jerarquía o el poder social, la agresividad congénita, los prejuicios raciales, tribales, de género, de identidad y orientación sexual, las diferencias generacionales, etc.). Así pues, no pareciera factible o verosímil, ni siquiera en una futura sociedad comunista, la disolución definitiva de ciertas disputas humanas. Disputas de las que precisamente se ha ocupado la moral a lo largo de toda su historia y de las que seguramente tendrá que seguir ocupándose. La institución moral, a pesar de Marx, no pareciera pues haberse quedado del todo sin nada que hacer (ni en la colmada sociedad comunista ni en nuestro tumultuoso presente pre-comunista).<sup>11</sup>

La moral no es la panacea de los problemas humanos; pero sin ella quizás no es posible resolver sin cierto sentido humano nuestros problemas. La moral puede enmascarar las intenciones más aviesas o satisfacer los impulsos más sórdidos; pero ella quizás sólo puede disfrazar tales intenciones e impulsos,

---

<sup>11</sup> Freud, por ejemplo, al contrario de lo que pensaba Marx, reconoció que la moral cumplía un rol esencial dentro la vida civilizada (cultural): «En efecto, la ética aborda aquel punto que es fácil reconocer como el más vulnerable de toda cultura. Por consiguiente, debe ser concebida como una tentativa terapéutica, como un ensayo destinado a lograr mediante un imperativo del *super-yo* lo que antes no pudo alcanzar la restante labor cultural. Ya sabemos que en este sentido el problema consiste en eliminar el mayor obstáculo con que tropieza la cultura: la tendencia constitucional de los hombres a agredirse mutuamente.» (Freud, 1929: 3065)

porque el sentido de sus demandas refleja anhelos muy íntimos y aspiraciones probablemente universales. La moral puede ser cuestionada metafísica o positivamente (sociología, sicología, historia, etc.), pero que prescindamos de interrogarnos por y de respondernos acerca de la vida buena (excelente), que renunciemos a acudir a los demás sin solicitar cierto trato (justicia, solidaridad) y sin conceder uno propio en correspondencia, que abandonemos la imaginación creadora o la inconformidad transformadora, resulta en realidad muy poco probable. La moral pareciera destinada a permanecer entre nosotros y parece que es mejor que así sea.

### Bibliografía

- AGUIRRE, J., ARANGUREN, J., *et al.* (1969): *Cristianos y marxistas: los problemas de un diálogo*, Madrid, Alianza.
- ARANGUREN, J. (1968): *El marxismo como moral*, Madrid, Alianza.
- BLACKBURN, S. (2002): *Sobre la bondad*, Barcelona, Paidós.
- ENGELS, F. (1878): «Karl Marx», en MARX, K. y ENGELS, F. (1973): *Obras escogidas*, Tomo I, Moscú, Progreso.
- ENGELS, F. (1883): «Discurso ante la tumba de Marx», en MARX, K. y ENGELS, F. (1973): *Obras escogidas*, Tomo I, Moscú, Progreso.
- FREUD, S. (1929): *El malestar en la cultura*, en (1981): *Obras completas*, Tomo III, Madrid, Biblioteca Nueva.
- FREUD, S. (1932): *El porqué de la guerra*, en (1981): *Obras completas*, Tomo III, Madrid, Biblioteca Nueva.
- FREUD, S. (1932): *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, en (1981): *Obras completas*, Tomo III, Madrid, Biblioteca Nueva.
- KAUSTKY, K. (1975): *Ética y concepción materialista de la historia*, Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente.
- LENIN, V. (1913): «Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo», en MARX, K. y ENGELS, F. (1973): *Obras escogidas*, Tomo I, Moscú, Progreso.
- LENIN, V. (1915): «Karl Marx», en MARX, K. y ENGELS, F. (1973): *Obras escogidas*, Tomo I, Moscú, Progreso.

- MARX, K. y ENGELS, F. (1848): *Manifiesto del Partido Comunista*, en (1973): *Obras escogidas*, Tomo I, Moscú, Progreso.
- POPPER, K. (1967): *La sociedad abierta y sus enemigos*, Buenos Aires, Paidós.
- SHISKHIN, A. (1970): *Teoría de la moral*, México, D.F., Grijalbo.
- VILAR, G. (1992): «Marx y el marxismo», en CAMPS, V. (1992): *Historia de la ética*, Tomo II, Barcelona, Crítica.
- WOOD, A. (1995): «Marx contra la moralidad», en SINGER, P. (ed.) (1995): *Compendio de Ética*, Madrid, Alianza.